

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica  
los días 15 y último de cada mes.  
Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.  
S. Sebastian-75.  
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.  
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.  
Solo se admite suscripcion por trimtre.

## CONVERSACION.

Apreciables lectoras mías:

*El*, es decir, *yo*, reanudo en este número mis pláticas, que abandonaré de nuevo, para dar espacio á las cartas de Isaura, Julia y Graciela que no dejarán de favorecer estas columnas, dada su amabilidad reconocida.

Pero si he callado durante algun tiempo, no he dejado de ser vuestro mas afectuoso amigo: que no siempre los que mas hablan, suelen ser los que mas quieren; ántes bien, amartelados vense por esos mundos, y vosotras lo sabeis mejor que yo, que os aman y admiran en silencio: ya temerosos de recibir un desengaño vulgo calabazas, ya por no distraer con el ruido de la palabra aquel mudo éxtasis con que, en presencia de algunas de vosotras, se juzgan en el cielo.

A propósito de calabazas, *insulso vegetal* llamóle el festivo autor de *Marcela*, ¿porqué apellidar con este prosáico nombre un desden que puede causar la muerte del mas apasionado Marsilla? ¿Por ventura las calabazas se reciben en el estómago? Siempre la prosa y la *pansa* hasta en lo mas poético de la vida!

Por eso dice Breton, el autor que acabo de citar, por boca de un pollo desdenado:

Quien diga que son manjar  
insípido, insulso y flojo  
las calabazas, se engaña;  
pesando están en mi estómago  
las que me dió la condesa,  
como si fueran de plomo!

Por lo visto, viene á ser esta enfermedad como á manera de indigestion y de las mas tontas, dado el talante mustio que suelen tomar los *encalabazados*.

Pero, cuidado con prodigarlas, amigas mías; ved que pueden tener amargas consecuencias, pues tal ha acontecido en este mes con un cierto Macías amigo mio, á quien una de vosotras regaló aquel indigesto vegetal.— Jesus ¡y que cara se le ha puesto! ¡Que amarillez! Ni Hernandez, ni Romero, ni Cabrera, ni Ferrer, ni Nuñez, ni Camacho, ni Valle con su sistema de los contrarios, ni Goico con el de los semejantes, han podido remediarle, y aquel semblante cadavérico y aquel andar mohino anuncian la prematura muerte del desdenado, piden á gritos venganza contra la cruel tirana que ha envenenado tan amartelada existencia.

Pobre mancebo!  
morir si jiovane!

Oh, si; este mal no tiene mas remedio que... y tan simple que sería el tal remedio, tan fácil para la ingrata... Vamos bella, una miradita, un gesto, un golpecito de anzuelo

"Y aunque haya de ser como ántes mentira  
vuélvele tirana, vuélvele tu amor."

Y sin duda la bella que tales desastres causa, estará tan serena.... oh! crueldad!

Ahora que hablo de crueldades, ¿cuánta no es la de ese gas que á lo mejor se apaga en el teatro, dejando en las tinieblas vuestros rostros bellos y vuestra elegancia? Pero vosotras sois todas luz para los ojos que, como los míos, os contemplan admirados, y aún á despecho del ausente gas os veo con el alma y con ella os amaría si no fuera.... porque estoy comprometido. Pero no vayais á creer que cante aquello de

"Por desgracia me encuentro casado"

pues aunque á alguno conozco yo que lo va diciendo á todas; por el contrario, bendigo cada vez mas el matrimonio que me ha puesto en posesion de una joya que mi corazon sabe apreciar como merece.

Pero error, pura broma! No vayais á creer que trasciendo á galleta apolillada. Soy soltero y ¿sabeis porque no me caso? Porque todas me gustais, y como no es posible..... Desde mi adolescencia he sentido siempre cierta tendencia, una que pudieramos llamar, *omni-gamia*, *filo-omni-gamia*, que sé yo! Perdonadme estos vocablos; pero no me ocurren otros para designar este *filo*, este amor, que siento por todas las bellas.

Calígula deseaba que todo el pueblo romano tuviese una sola cabeza para darse el placer de cortársela de un solo golpe.

Byron deseaba, recordando esto, que todas las bellas no tuvieran mas que una sola boca de rosa, y de seguro que no sería para cortársela.

Yo quisiera que todo el sexo bello no tuviese mas que una personita y un solo corazon, y que este fuese mio. De fijo que no habría celos, ni calabazas, ni tantas amarguras ni inconveniencias como nacen de que seais mas de una.

Pero ¿en que quedamos? ¿Soy soltero ó nó? Distingo: *yo*, soy casado; pero *él*, por daros gusto, es soltero.

Y ¿cómo vamos de aguinaldos? Pocas truyas ó trullas de viso, de aquellas de años atrás, he visto en éste, y creo que la costumbre se despide de nosotros.

No acontece así por los campos. Para nuestros campesinos tardarán en trocarse en recuerdo los aguinaldos. Oid:

- Escasez de legumbres en la plaza?
- Los aguinaldos.
- ¿Y tu criado?
- Era del campo, y se fué á pasar allí los Reyes.
- Los aguinaldos.
- ¿Porqué no continúa U. enviando á domicilio sus artículos de despensa?
- El que lo hacía se fué para el campo.
- Los aguinaldos.
- Pero va U. á perder sus parroquianos.
- ¿Qué quiere U.? Los aguinaldos!

— ¡Y eso que estamos en las octavas y faltan las octavitas!

Pero estoy triste, me voy á quedar muy triste, amigas mías. Voy á perder la ocasion de veros tan galanas y bellas las más de las noches: la compañía de Valero está dando en esta Capital sus funciones de despedida. La deseo en los puntos de la isla á donde piensa dirigirse, la buena acogida que merece y es de esperar.

En estos días se ha puesto en escena *Lo Positivo*, que es un buen arreglo del francés. No estoy por las obras de pretensiones moralizadoras, porque suelen resultar deficientes como obras de arte, por más que éste, propiamente hablando, no puede ser inmoral, ó degenerar en sermones amanerados como el *Cura de Aldea*; pero lo Positivo es una produccion discreta en que si bien aquel propósito se deja ver, no perjudica á la libertad del arte ni al encanto de la forma.— ¡Cuándo querrán convencerse algunos autores de que la moral en el arte no puede ni debe ser un fin sino un resultado!

También se ha puesto en escena *El campanero de San Pablo*, que solo puede aceptarse como obra de efecto.— Los ciegos y los mudos en el teatro son siempre de efecto, por mas que como resorte dramático, carezcan siempre de justificacion estética. Los grandes móviles en el teatro deben ser las pasiones, sus contrastes y sus accidentes.— Los puramente materiales ó físicos no son de la esfera en que el arte vive y reina. El arte es de toda preferencia espiritual ó espiritualista. En las regiones del alma y solo por ésta se mueve. Lo demás ofrecerá ejecucion al actor é interés al auditorio; pero ni lo uno ni lo otro son de significacion artística de buen quilate: similar y nada mas. Sin embargo, este drama como el *Edsaro* y algun otro del mismo autor, salvas las injustificaciones de que no carecen, suelen divertirme mas que algunas comedietas de salon, con frecuencia superficiales, medias tintas siempre, y falsas ó amaneradas la mayor parte de las veces.

Esta noche se pone en escena *La Abadía de Castro*, y en breve *Isabel la Católica* y *Catalina Howard*, de que tal vez haya ocasion de tratar en el próximo número de esta Revista.

En el presente vereis, oh amabilísimas lectoras, el principio de *Leonardo el Cochero*, bonita novela que ocupará algunos números, y la continuacion del *Extracto de la Divina Comedia*, que comenzó en el anterior y que terminado en breve, servirá de recuerdo á los que conozcan esta obra inmortal del vate florentino, y de estímulo para tratar de estudiarla, á los que no hayan leído tan citado y trascendental poema. Sé que LA AZUCENA, seguirá publicando iguales trabajos acerca de otras obras notables y clásicas como la referida.

Para terminar, os diré y no en secreto, que se está organizando por algunos artistas y aficionados músicos una sociedad de música buena, bajo el nombre de *Salon filarmónico*, con la mira de promover, cultivar y desarrollar entre nosotros el gusto por las buenas producciones de aquel arte.

Veremos si Mozart y sus hermanos logran poner á raya el furor contradanzista que monopoliza hoy la atencion de músicos y aficionados.

Adios, amables lectoras, hasta otro día; siempre vuestro afectísimo,

EL

Puerto-Rico 14 de Enero de 1,875.

## EXTRACTO DE LA DIVINA COMEDIA.

(Continuacion.)

Pasada la fangosa laguna Estigia, habitada por los orgullosos, se entra en la fortaleza de Dite (palabra que viene del latin *dis ditis*, uno de los apelativos de Pluton en la mitología romana,) cuya fortaleza es la mansión de los incrédulos. Para bajar de ésta al sétimo círculo,

hay una roca alpestre, de la cual no podría descender hombre alguno.

La gran distancia que media entre los cinco primeros círculos y los tres últimos, ocupada por la Estigia, la fortaleza de Dite y la gran roca; está sábiamente imaginada por Dante para distinguir las culpas hijas de las pasiones, de los delitos que nacen del mal uso de la razon y de la reflexion. El círculo sexto está colocado en medio de unas y otras y habitado por los incrédulos, porque la falta de estos puede ser igualmente producto de la pasion ó de la reflexion.

En el sétimo círculo están los violentos, es decir, los que pusieron mano violenta contra la vida ó hacienda del prójimo, los suicidas, los impíos, los violentos contra la naturaleza. En el tercer recinto de este sétimo círculo encuentra Dante á su maestro Brunetto Latini, poeta y filósofo de Florencia que figura en esta ciudad al frente de una célebre escuela, fué Secretariq y Embajador de la República florentina y compuso un *Tratado de Física y Matemáticas* titulado *tesoretto*. Desterrado por el partido de los Gibelinos, escribió en París en francés su *Tesoro*, vasta enciclopedia de los conocimientos de su época.— Vuelto á su patria en 1,277, dió lecciones á Dante todavía niño, y murió en 1294. Nada en la historia justifica el lugar que le asigna su discípulo en el Infierno, salvo, segun se dice, un libro obsceno falsamente atribuido á su pluma: esto basta, dice un comentador, para explicar el fallo, demasiado severo del discípulo por mas que esté envuelto en lamentos y protestas. Por último en este mismo círculo sétimo, están los fraudulentos y los usureros.

En el círculo octavo los seductores de la inocencia virginal, con los complacientes que aydaron á ello, y los aduladores: Estos están abismados en una cloaca. También se hallan en otro recinto de esta círculo, octavo los simoniacos ó sea los que trafican con lo espiritual, condenados á permanecer sumergidos de cabeza en agujeros á manera de cepos, en tanto que sus piés son devorados por las llamas.

También sufren en este octavo círculo los adivinos y los mágicos, los prevaricadores, los hipócritas, los ladrones y concusionarios, los traidores y engañadores, los cismáticos y Jefes de secta, los charlatanes y falsarios, los falsos monederos.

En el noveno círculo, los gigantes célebres de la antigüedad, los fratricidas y parricidas, los traidores á su patria.— El Conde de Ugolino que es el episodio mas terrible de este poema.— Despues está el Valle de Ptolomeo en donde sufren castigo los que han violado las leyes de la hospitalidad, y el último recinto de este nono círculo es el Valle de Júdas. Los culpables se encuentran allí comprimidos por una cubierta de hielo.

Dante y Virgilio penetran hasta el fondo de este último abismo y deslizándose á lo largo de las alas y miembros del príncipe de las Tinieblas, descrito allí con monstruosa y gigantesca figura, sosteniendo el peso de todo el Infierno, encuentran al llegar deslizándose á los piés de Satán, que han franqueado el centro del globo. Las estrellas brillan de nuevo á sus ojos y descubren á lo lejos la montaña del Purgatorio que está en los antípodas del antiguo mundo ó mejor dicho de Jerusalem.

Pero ántes de dejar el Infierno insertaremos el episodio de Ugolino que es uno de los mas interesantes y citados del poema, y que mencionamos al hablar del último círculo.

Ugolino, de la familia Gherardesca de Pisa, se había hecho nombrar gobernador de aquella ciudad con perjuicio del juez, Nino de Gallura, de los Visconti. Su pariente el Arzobispo Rugiero de Ubaldi, envidioso de su poder, acusó á Ugolino, que gobernaba como verdadero tirano, de querer entregar á los Florentinos y Luqueses los castillos que los Pisanos guarnecían. El tribunal popular condenó al acusado. Entonces Rugiero, sostenido por los Gualandi, los Sismondi y los Lanfranchi, fué directamente al palacio de Ugolino y arrancó á éste de allí con sus dos hijos y sus dos nietos encer-



rándolos en una torre situada en la plaza de Gli Anziani, cuyas llaves arrojó al río Arno á fin de que aquellas cinco víctimas murieran de hambre en su prision. Aquella torre, á causa de tan horrible historia, ha conservado el nombre de *Torre del Hambre*.

En el próximo número insertaremos la narración dantesca de este episodio.

A. T. y R.

## ERCILLA.

Por Don José Amador de los Ríos.

[ CONCLUSION. ]

Acompañó don Alonso al emperador en sus numerosos viajes por Alemania, Bohemia y Hungría, ignorándose otras circunstancias de su vida, así como el año de su muerte y el sitio donde descansan sus cenizas, bien que respecto al segundo punto se supone que debió fallecer por los años 1592, puesto que en el siguiente fundó su esposa, siendo ya viuda, el convento de *Carmelitas descalzas* de Ocaña. Lo que parece estar fuera de toda duda es que Ercilla fué desgraciado, tanto en su juventud como en su vejez, como él mismo dice en el final de su obra, en donde se muestra luchando con su mala suerte.

Hé aquí del modo que se lamenta:

Mas ya que de mi estrella la porfía  
me tenga así arrojado y abatido,  
verán al fin que por derecha vía  
la carrera difícil he corrido;  
Y aunque mas inste la desdicha mía,  
el premio está en haberle merecido  
y las honras consisten, no en tenerlas,  
sino en solo llegar á merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene  
arrinconado en la miseria pura,  
me suspende la mano y la detiene,  
haciéndome que pare aquí la pluma, &c.

Pero aun en semejante estado de abatimiento resalta la nobleza del carácter de Ercilla. Vengamos ya al examen del poema, única obra que ha llegado á nuestras manos.

¿Se propuso D. Alonso escribir una epopeya en la *Araucana*? Llenaba el asunto, que pensó tratar, las condiciones exigidas para aquel género de obras?.... Esas son pues, las dos cuestiones que mas saltan á la vista, al quilatar el mérito del poema de que tratamos.—Para convencerse de que Ercilla no intentó seguir las huellas de Homero, ni de Virgilio, respecto á la estructura de su composición, basta recordar solamente los siguientes versos tomados de la dedicatoria.

Es relación sin corromper sacada  
de la verdad, cortada á su medida—

Esta confesión noble é ingenua del poeta parece ponerle fuera del alcance de una crítica severa cual conviene á otras obras escritas con mayores pretensiones.—Consistía todo el orgullo de Ercilla en no haber alterado en lo mas mínimo la verdad histórica, guardando estrictamente el orden cronológico de los acontecimientos, y narrándolos con su natural colorido; y atendiendo á estos pormenores, mas propios en verdad del cronista que del poeta, ni pensó en dar á su obra aquel carácter elevado de la *Iliada* y de la *Eneida*, ni lo hubiera logrado tampoco, á pretenderlo, habiéndose encerrado en un círculo demasiado estéril y estrecho.—No creemos necesario el detenernos aquí á señalar las condiciones que hubiera debido tener la *Araucana* para participar de la forma épica, cuando suponemos enterados á nuestros lectores de las leyes de esta clase de poemas.—Ercilla no debe ser juzgado, por tanto, bajo esos principios que no tuvieron influencia alguna en su composición, ni entraron á dar vida al plan seguido en la misma.—Escribía bajo la impresión del momento, ordenaba de noche lo que pasaba de día, y este método que contribuía por una parte á dar á sus descripciones mas viveza y mas brillante colorido, era por otra perjudicial á la unidad de la obra, sacrificando á la verdad histórica, la verdad poética.—Así, pues, creemos injusto el exigir de Ercilla mas de

lo que se propuso hacer él mismo.—La *Araucana* está muy lejos, por estas razones, de ser una epopeya: la *Araucana* es, en nuestro concepto, una rica leyenda, en donde la verdad se halla revestida con las galas de la poesía, una brillante crónica en donde resaltan los hechos y los caracteres á fuerza de ingenio y de vigor, un cuadro mas ó menos perfecto, en donde todos los personajes tienen una vida terrenal, si tal puede decirse, sin que se aparte jamás la vista de lo que está pasando en el suelo.

Escusado parecerá el dilucidar la segunda cuestión que hemos indicado, resuelta está en la forma que lo hemos hecho; sin embargo, bueno será traer á la memoria los principios que dejamos fijados en la introducción de este artículo, respecto á la epopeya, para hacer la aplicación de ellos á Arauco, al ser reconquistado por los españoles. Aquella naturaleza primitiva, aquellos hombres, todavía en el estado de la infancia, en el estado salvaje parecían, en verdad, prestarse á la trompa épica con la esplendidez y grandeza de sus espectáculos y con la vehemencia y logosidad de sus vírgenes pasiones. Así la pintura de los araucanos, la descripción de sus costumbres, de sus juegos y de sus creencias, y la representación de sus asambleas finalmente, hacen recordar la sencillez de los héroes de Homero.—Pero en medio de semejantes cualidades que prestaron al poema estas circunstancias, se advierten grandes vacíos, que hacían incompatible la reconquista de Arauco con la musa épica.—El descubrimiento y conquista del Nuevo-Mundo, ese hecho prodigioso por el cual llevó la Europa su religión, sus ciencias, sus artes y sus costumbres al seno de un pueblo desconocido, era en verdad asunto de la epopeya. Aquí se cumplían todas las condiciones: la humanidad aparecía en el lugar digno que le corresponde en este género de obras.—La reconquista de Arauco no estaba dotada de iguales caracteres; la escala era infinitamente mas pequeña, y cuando mas, podía prestarse para trazar un episodio de la grande epopeya que hemos mencionado.

Por las breves razones que dejamos insinuadas, se nota que ni Ercilla intentó escribir un poema épico, ni el asunto de su composición bastaba á llenar todas las condiciones de tal.—Por lo demás, apartándonos del parecer de algunos escritores ya nacionales, ya extranjeros, creemos que Ercilla estuvo dotado de tan excelentes prendas, que á haber escrito con mas sosiego, á haber sido su intención otra y otro el argumento, hubiera tal vez llenado el gran vacío que existe en la literatura española.—Sin embargo de esto, solo Bernardo de Balbuena ha obtenido iguales triunfos que él, logrando emularlos: nadie ha descrito como él los caracteres, nadie ha bosquejado los retratos con mayor acierto. Hé aquí en prueba cómo describe á Lautaro, uno de los jefes del ejército chileno:

Fué Lautaro industrioso, sábio, apuesto,  
de gran consejo, término y cordura,  
manso de condicion y hermoso jesto,  
ni grande ni pequeño de estatura.  
El ánimo en las cosas grandes puesto,  
de fuerte trabazon y compostura,  
duros los miembros, récios y nerviosos,  
anchas espaldas, pechos espaciosos.

No es menos bella la descripción de Caupolicán, que omitimos en gracia de la brevedad, si bien no podemos resistir al deseo de poner aquí la octava, en que pinta el caballo que cabalgaba Don Francisco Villagran, en la desastrosa batalla que refiere en el canto VI.

Estaba en un caballo derivado  
de la española raza, poderoso,  
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,  
castaño de color, presto, animoso,  
veloz en la carrera y alentado,  
de grande fuerza y de ímpetu furioso,  
y la furia sujeta y corregida,  
por un débil bocado y blanda brida.

Si Ercilla logró sobresalir en las descripciones de sus personajes, no es menos digno de alabanza en las pinturas de las batallas que incluye en sus poemas pareciéndonos asimilar á veces los combates de Homero. Hé aquí como describe el ejército araucano, puesto en movimiento contra sus enemigos:

Segun el mar las olas tiende y crece,  
así crece la fiera jente armada:

tiembla en torno la tierra y se estremece  
de tantos piés batida y golpeada:  
Lleno el aire de estruendo, se oscurece  
con la gran polvareda levantada  
que en anecho remolino al cielo sube,  
cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Otras de las grandes cualidades de poeta épico que adornaron á Don Alonso fueron la sencillez, la majestad, la persuasión y la vehemencia que supo dar á los discursos que puso en boca de sus personajes. La arenga de Colócolo, dirigida á los araucanos en el momento de elegir un jefe ó *toqui*, tan justamente celebrada por Voltaire y por Bouterwek: la del paje de Valdivia, cuando excita al combate á sus compatriotas, y finalmente los discursos de los cantos XVI, XXII, XXV, XXIX, y otros muchos que no citamos, prestan una idea sobresaliente del talento de Ercilla. En la *Araucana*, así como en los poemas del cantor de Aquiles, se reconocen á primera vista los personajes que usan de la palabra, por lo bien delineados que están los caracteres en los razonamientos, en los cuales apenas se halla una pincelada ajena de la situación, ni del objeto á que se encaminan. Los discursos de Ercilla carecen por otra parte de digresiones embarazosas que destruyen el efecto, logrando tener suspenso el ánimo hasta su fin, cosa que, para ser imparciales, no encontramos con frecuencia en el mismo Homero.

Pero si la mas justa crítica, siempre que sea justa, halla todos esos motivos de elogio, razonable parece tambien que al apreciar la *Araucana*, se indiquen sus defectos.—Desigual y falto de verdadera entonación poética aparece Ercilla las mas veces, remontándose de tarde en tarde á la altura en que le hemos visto. Su estilo natural y sencillo casi siempre suelto y flexible, como la variedad prodigiosa de objetos y de acontecimientos que bosqueja, sufre tambien varias modificaciones en el trascurso del poema.—Los quince cantos de la primera parte, escritos en América al mismo tiempo que son los mas ajustados á la verdad histórica, participan de la falta de cultura de aquel país salvaje en que se compusieron y manifiestan las fatigas y las dificultades con que luchó Ercilla al escribirlos. Propúsose en la segunda parte evitar algun tanto aquella monotomía que caracterizaba á la primera, revistiendo su poema de un interés mas nacional é ingiriendo en él la descripción de las batallas de San Quintín y de Lepanto en los cantos XVIII y XXIV: con lo cual esperó sin duda mejorar su infeliz suerte. En la última parte aumentó Ercilla los incidentes extraños á la fábula, mostrando de este modo la falta de un plan maduramente pensado, como indicamos arriba. La descripción maravillosa de los jardines encantados del mágico Fiton, la *verdadera historia* de Dido, contada por Don Alonso á sus camaradas para entretener una penosa marcha y otros episodios no menos impropios de la reconquista de Arauco, se encuentran, pues, en esta tercera parte, en que careciendo el poeta de mas interesantes acontecimientos que narrar, tuvo que acudir á tan importuno recurso.—El episodio de Glaucia, aunque tachado por algunos críticos y no muy estrechamente entrelazados á la fábula, nos parece sin embargo mas propio del poema abundando ademas en rasgos de admirable ternura.

Terminando, pues, este artículo, largo en demasía para la estension de nuestro periódico y corto para juzgar completamente la *Araucana*; parécenos conveniente el apuntar que á pesar de cuanto dejamos dicho, respecto al propósito de Ercilla y al asunto que adoptó, la dificultosa situación de los españoles en Arauco que iba creciendo de momento en momento haciéndose mas angustiosa, mas terrible de cada vez, hasta la llegada de los refuerzos del Perú, dá á los acontecimientos cierto enlace, cierta unidad épica que son el mas firme comprobante del gran talento de Ercilla.—Si este esclarecido poeta se hubiera hallado en la posición que hemos indicado anteriormente, tal vez pudiera España contar con otra *Jerusalem Libertada*: desmienta la opinion proverbial de que los españoles no tenemos cabeza épica.

## A MI AMADISIMA HERMANA

### LAS GOLONDRINAS.

Hubo un tiempo, hermana mia, en que juntas las veíamos llegar, y alegrábase nuestro corazon por ser las precursoras de la risueña primavera.

En la de nuestra vida nos hallábamos, y las paternales caricias eran nuestras flores. Nuestros virtuosos padres sembraban en nuestros corazones los gérmenes del bien y la paz de la conciencia como el mayor de todos.

¿Porqué sin embargo, asomaba mas de una vez alguna lágrima á nuestros ojos, y una rara melancolía se apoderaba de nuestra alma al pensar en que aquella vuelta de la golondrina, tan alegre entonces, sería precursora de otra nueva ausencia allá por el otoño? ¿Sería quizás presentimiento de que tambien habría para nosotras algun dia, un triste otoño, una triste separación?

Hoy que contemplamos desde distintos y apartados lugares la vuelta de las estaciones, nuestras almas, semejantes á aquellas simpáticas avecillas, se buscan como siempre; y aunque anidando en opuestas regiones, encuentran su primavera en los dulces recuerdos y en el cariño inextinguible.

Para el espíritu no hay distancia, y ese maravilloso portador del sentimiento humano, el vapor, el correo, es nuestra golondrina que atraviesa los mares para traernos y llevarnos las flores de nuestro recuerdo, la primavera perpétua de nuestro mútuo cariño.

Continuamente con la vista fija en el océano, viéndole perderse en el horizonte ó anhelando verle asomar, contemplamos esa golondrina que viene á nosotras, con la alegría de aquel tiempo, pero tambien con algun temor. Los tiernos compañeros de nuestras almas participan de nuestros temores y alegrías; y unos y otros nos complacemos en enseñar á los pedazos de nuestro corazon que de nosotros viven, que allá, al través del horizonte, existen los dulces complementos de nuestras almas.

En tanto ¡dichosas las golondrinas, cuyo periódico regreso no contemplaremos ya juntas! Si el otoño las aparta de sus nidos, al menos tornan á verle aunque solo sea en la primavera!

Rosario D. de T.

### MARTEOGRAFÍA

## O GEOGRAFIA DE MARTE.

Después de la Luna, Marte es el mas conocido de todos los astros. Júpiter, el mas grande de los que forman el cortejo del sol, y Saturno, el mas curioso, ámbos mucho mas importantes que Marte y mas fáciles de observar en conjunto, á causa de sus grandes dimensiones, están rodeados de una atmósfera constantemente cargada de nubes, de modo que nunca puede verse su superficie. Urano y Neptuno, apartadísimos de nuestro globo, no son para nosotros sino puntos brillantes; y Mercurio está casi siempre eclipsado, como los cortesanos que rodean á un trono, por los rayos del sol, del cual dista comparativamente poco.

Vénus solamente podría competir con Marte. Es tan grande como la Tierra, y por consiguiente dos veces mayor que Marte en diámetro; dista menos que éste de nosotros, y puede acercárenos á menos de diez millones de leguas. Pero Vénus gira entre el Sol y la Tierra, de modo que nos oculta su hemisferio iluminado y siempre nos muestra su hemisferio oscuro, su noche, dejándonos percibir únicamente un disco en forma anular por los bordes del planeta. Nada se ve de Vénus con el telescopio, fuera del resplandor de ese anillo de luz; y solo en períodos larguísimos que unas veces duran ocho años y otras mas de un siglo, pasa este plane-



ta por puntos de su órbita en que pueda observarse desde la Tierra, mientras recibe de lleno la luz de Sol. Esa posición del planeta, es lo que se llama el tránsito de Venus y ha ocurrido precisamente en 1874.

La geografía de Marte ha podido ya estudiarse y dibujarse su *mapamundi*. Lo que mas llama al pronto la atención en ese planeta es que sus dos polos están marcados como los de la Tierra, por dos zonas blancas, dos casquetes de nieve. Esos dos polos, norte y sur como los nuestros, son tan brillantes, que á veces parecen rebasar los límites del globo, á consecuencia del efecto de irradiación que nos hace aparecer mas grande un círculo blanco, que otro negro de las mismas dimensiones. Esas nieves aumentan en el invierno y se retiran ó disminuyen en verano; pero en su mayor extensión ocupan un espacio mucho mayor que el de nuestras nieves perpétuas.

La división de los climas de Marte puede establecerse análogamente á los nuestros, en zonas glaciales templadas y tórrida. No hay igual semejanza en la topografía, pues al paso que en la Tierra la superficie de los mares es mucho mayor que la de los continentes, en la corteza de Marte hay visiblemente mas tierra que agua, formando esta golfos ó mares internos como el Rojo y el Adriático; pero no existen mares externos como nuestro Pacífico y nuestro Atlántico. Puede hacerse á pié enjuto el viaje en torno del planeta.

Los mares de Marte aparecen como manchas de un color gris verdoso, esto es, de un aspecto semejante al de los nuestros; al paso que las tierras tienen allí un color rojizo, notable desde aquí á la simple vista, y que ha dado origen al sangriento nombre de Marte con que desde la antigüedad se conoce ese hermoso planeta. Es probable que ese tinte encarnado proceda en parte ó totalmente del tinte dominante en aquella vegetación; así como no es dudoso que un observador colocado en la Luna ó en Venus, vería nuestra tierra de un color verdoso, fuertemente acentuado, y debido al color de nuestros bosques y montañas.

En realidad no vemos con la ayuda del telescopio sino manchas rojas, verdes ó blancas, sobre el pequeño disco de ese planeta; ¿acaso podemos asegurar que el rojo representa tierra firme, el verde agua y el blanco nieve?

Sí.—Es cosa averiguada que en la Luna no hay atmósfera, ni nubes, ni agua. Por el contrario, en Marte se ven continuamente flotar sobre su disco manchas blancas, que no pueden ser sino nubes. Los casquetes blancos de sus polos aumentan ó disminuyen según las estaciones, del mismo modo que un observador colocado en Venus, vería crecer ó menguar nuestros hielos polares. Ambos hemisferios Martinos son mas difíciles de observar en invierno que en verano, á causa del mayor número de nubes que se forman en la primera de ambas estaciones; igual observación harían respecto á nuestros dos hemisferios los astrónomos de Venus. ¿Y á qué causa se deben las nubes de Marte? Evidentemente á la evaporación del agua, como nuestras nubes. ¿A qué causas se deben los hielos de Marte? A la congelación del agua, como los nuestros. ¿Pero esa agua es enteramente igual á la que existe en nuestros mares, ríos, nubes, lagunas y manantiales?

Sí.—Los planetas reflejan la luz que reciben del Sol, y cuando se examina el espectro de su luz con un maravilloso instrumento llamado *espectroscopio*, se encuentra el espectro del Sol, ni mas ni menos que si fuera reflejado por un espejo. Dirigiendo el espectroscopio á Marte, se observa en los rayos luminosos emitidos por ese planeta una identidad perfecta con los que emanan del Sol, y ademas ciertas rayas negras que tambien aparecen en el espectro solar, al ponerse este astro, cuando su luz atraviesa las capas mas densas de nuestra atmósfera. Esas rayas no son causadas por nuestra propia atmósfera, porque en tal caso se observarían tambien, lo cual no se verifica, cuando se dirige el espectroscopio á la Luna. No queda, pues duda, que las rayas indicadas dependen de la atmósfera de Marte.

Así puede asegurarse que la atmósfera de Marte agrega sus caracteres particulares á los del espectro solar; caracteres que prueban que esa atmósfera es igual á la nuestra.

Examinando la posición de las dichas rayas, el maravilloso instrumento revela que no son debidas á la presencia del oxígeno, del azoe ni del ácido carbónico, sino al vapor del agua. Luego hay vapor de agua en la atmósfera de Marte como en la nuestra, y mares y nubes y nieve como los de la Tierra. Aún mas, siendo esa agua revelada por el espectroscopio, de igual composición química que la que aquí tenemos, sabemos tambien que en Marte hay oxígeno ó hidrógeno, componentes de nuestra agua.

Según esto, en Marte como en la Tierra, el Sol es el agente supremo de movimientos y vida, y su acción determina resultados análogos. El calor evapora el agua de los mares y la eleva á las regiones de la atmósfera. Ese vapor, por las diferencias de temperatura y saturación, reviste forma visible, como nuestras nubes. Los vientos nacen por esas mismas diferencias de temperatura y pueden verse las nubes de Marte impulsadas por las corrientes aéreas sobre mares y continentes. Si no se ve llover sobre las campiñas de Marte, se advierte la lluvia, puesto que se ve á las nubes disolverse y renovarse. Sí, tampoco puede verse el momento de nevar, se ve allí como el nuestro, rodeado de brumas. En una palabra, allí hay como en la Tierra, una circulación atmosférica, y la gota de agua que el Sol roba á los mares, vuelve á ellos otra vez, cayendo de la nube que la cargó.

La existencia de continentes y mares nos demuestra que aquel planeta ha sido tambien como el que habitamos, teatro de movimientos geológicos internos, que han dado origen á elevaciones y depresiones de terreno. Allí ha habido terremotos, y erupciones, que han modificado la superficie primitivamente unida del globo. Allí hay por consiguiente valles y montañas, cuencas y planicies, harrancas y pantanos.

Las aguas llovedizas tornan al mar por los arroyos y ríos. El mar está allí tranquilo ó agitado al soplo de los vientos; pero no se mueve periódicamente, con el flujo y reflujo de nuestros mares, porque allí no hay Luna ni satélite alguno para producir mareas.

Allí las estaciones tienen aproximadamente la misma intensidad que en la Tierra, pues su eje de rotación tiene una inclinación de 27 grados, mientras que el nuestro se inclina 23. La duración del día es allí 40 minutos mayor que el nuestro.

El diámetro de Marte tiene 1,654 leguas de 4 kilómetros, y el de la Tierra 3,184; de modo que la superficie de aquel planeta es dos veces y media menor que la del nuestro. Su masa, es decir, su peso total, es la décima parte del peso de la Tierra. La densidad media de los materiales de que se compone, es inferior á la de los materiales constitutivos de nuestro globo ó inferior tambien á la densidad de todos los demás planetas; es un 71 por ciento de la densidad Terrena. De eso resulta, que en Marte, el peso de los cuerpos es mas ligero que en la superficie de nuestro globo; un kilogramo de los nuestros no pesaría allí mas que 382 gramos; y un hombre que aquí pesa por término medio 140 libras, trasportado allí no pesaría mas que 54. Una carrera de 50 kilómetros nos costaría allí el mismo esfuerzo que aquí nos cuesta correr 20 kilómetros; y el esfuerzo muscular que aquí hace un muchacho para saltar sobre los hombros de otro, le bastaría allí para saltar á los tejados de las casas.

Los seres vivientes, vegetales ó animales, están compuestos de los materiales constitutivos del planeta que habitan y están organizados según la intensidad de las fuerzas que obran en el medio que habitan.

La raza humana es el producto del planeta terrestre como ser organizado y hecha abstracción del alma, que no es cosa terrena. Su peso, su altura, la densidad de sus tejidos, el peso y tamaño de su esqueleto, la du-

racion de la vida, los períodos de trabajo y sueño, la cantidad de aire que respira y de alimentos que se asimila; todas sus funciones orgánicas, hasta aquellas que parecen mas arbitrarias; en una palabra, la *maquinaria humana entera*, bajo el aspecto material, *está organizada por el planeta*.

Sentada esta verdad, comprenderemos fácilmente que la forma humana nada tiene de arbitraria; es el resultado del estado de la Tierra y es evidente que debe diferir en los demás mundos habitados, según la diversidad de sus condiciones orgánicas.

Entre todos los planetas del sistema solar, Marte es el que mas se parece al nuestro; las manifestaciones de la vida en su superficie, no deben, pues, ser desemejantes á las de la vida terrestre. La analogía tan marcada entre ámbos mundos, debe haber determinado evoluciones orgánicas divididas como aquí en dos órdenes generales: vegetacion y animales.

Puede creerse que la sucesion de las especies geológicas, habrá sufrido la influencia de la gravedad. Mientras que la gran mayoría de las razas animales terrestres ha debido permanecer sobre la superficie de este globo, á causa de la atraccion, y solo un corto número de especies gozan del privilegio de volar, es muy probable que en Marte la série zoológica se haya desarrollado preferentemente por la sucesion de las especies aladas. Entre nosotros el águila y el condor son los monarcas del mundo aéreo; en Marte, las grandes razas vertebradas, la misma raza humana que es su última expresion, tendrían el privilegio envidiable de la locomoción atmosférica. El hecho es tanto mas probable, cuanto que á la pequeña gravedad de los cuerpos se añade allí la existencia de una atmósfera análoga á la nuestra, y tal vez mas densa. Tales son, en efecto, las ducciones incontrovertibles de la ciencia, que si suponemos á los hombres de Marte dotados de una fuerza muscular igual á la nuestra y con peso reducido, proporcionalmente á la intensidad de la gravedad, podrían volar atravesando aquella atmósfera, con la misma facilidad con que nosotros caminamos.

Hemos ya trazado en conjunto, la fisiología general de este planeta vecino, cuya superficie es dos veces y media menor que la de la Tierra, pero que está mas favorablemente dividido entre tierra y mar. La atmósfera que lo rodea, las aguas que lo bañan y fertilizan, los rayos del Sol que lo calientan y alumbran, los vientos que lo recorren de un polo á otro, las estaciones que trasforman su superficie, son otros tantos elementos para suponer en él un orden de vida análogo al de nuestro globo. Solo que la densidad de su pesantez en su superficie ha debido modificar particularmente ese orden de vida, apropiándola á su condicion especial.

Así pues; el globo de Marte, ese planeta rojizo tan brillante en el firmamento, no debe presentárenos como una bola de piedra, masa inerte y estéril que gira al rededor del Sol; sino debemos ver en él un mundo vivo y poblado de seres. Nuevo mundo, que ningun Colon terrestre irá á visitar; pero en el cual una raza humana habita, trabaja y piensa como nosotros en Dios y en los grandes y misteriosos problemas de la naturaleza y de lo infinito.

(De un periódico extranjero.)

## LEONARDO EL COCHERO.

NOVELA EN SIETE VIAJES POR PARIS.

### PRIMER VIAGE.

*Conversaciones.—Monografía del cochero de simon y del de cabriolé.—Beatriz la catalana.*

Siempre he dado la preferencia al cochero de ca-

briolé; porque el de simon no teniendo relaciones directas con sus parroquianos sino por abrirles la portezuela y pedir su propina, y viviendo solo la mayor parte del día sobre su trono vacilante, sufre necesariamente las consecuencias de su posicion aislada.

Poco cuidadoso de su persona, rara vez se afeita y no hace caso de su adorno personal. ¿De qué le serviría afeitarse y adornarse cuando tiene que volver la espalda á las personas que conduce durante todo el viaje? Sin comunicacion con ellas, condenado al mutismo ó por lo menos á hacer soliloquios, excepto cuando tiene que avisar á los paseantes, se ve obligado para ejercitar sus órganos vocales, á tararear alguna cancion, si está de buen humor ó á jurar si no lo está; y generalmente jura; jura contra los carruages que obstruyen el paso, ó contra las personas á quienes no atropella. Si le contestan en el mismo tono, las palabrotas se cruzan y se alegra; esta es su diversion y su conversacion. Libre el paso al fin, dá un buen latigazo á sus caballos ó á su interlocutor, como último argumento, y continúa su camino.

De consiguiente, por su aislamiento, por costumbre, por una fuerza fatal, el cochero de simon está necesariamente triste, es inculto y salvaje.

Oh! ¡Cuán distinto es el cochero de cabriolé!

Rara vez emplea el rigor con su caballo; lo acaricia, le trata como amigo, es su compañero; lo quiere porque es uno solamente. El cochero de simon tiene dos caballos, y el cariño dividido ni es fuerte ni duradero; además, el pensamiento personal de conservacion mútua, une en el primero al hombre con el animal. El cochero de cabriolé debe á su caballo no solo cuidados afectuosos, sino un alimento abundante; porque si el segundo cae por debilidad en las piernas, su amo cae con él. Tal es la construccion de los cabrioles.

Respecto al vestido y la apariencia, nuestro preferido goza tambien de una superioridad incontestable. ¿Cómo se atrevería á sentarse al lado de una de esas lindas jóvenes que generalmente estrenan su carruaje por las mañanas temprano, sin afeitarse, como el autómatas del simon?

Bajo la capucha de su carruaje, además de esa joven estrella de la mañana, pueden tomar asiento á su lado algun abogado célebre, algun artista distinguido, ya el banquero, ya el poeta y hasta el par de Francia.

Nadie es mas hablador que nuestro cochero si os sujetáis al papel de auditor; si consentís en cambiar algunas frases con él, nadie es mas interrogativo.

Si es militar, os contará sus campañas y aventuras; si nó, de las personas notables que ha conducido cuya historia sabe; cuyas costumbres conoce con corta diferencia; porque las calles por donde las lleva, el tiempo que pasa esperando, el aspecto exterior de la casa donde entran, el aire pensativo ó alegre de la persona al entrar ó al salir, todo le sirve para hacer conjeturas, que á menudo le hacen poseedor de secretos que no le han sido confiados.

Medianamente al cabo de las novedades dramáticas y de los actores de moda, nuestro héroe, conoce, no por haberlo visto, sino de oidas, todo cuanto ocurre cada noche en los boulevares desde las seis hasta las doce; los dilettanti á quienes conduce á la salida de los teatros líricos, repletos de armonía, al prorumpir en sonidos armoniosos para aliviar su pecho oprimido, le hacen apreciar á retazos las bellezas mas esquisitas de la nueva partitura.

No menos al corriente de las bellas artes que del teatro, recoge las opiniones sobre los principales cuadros de la exposicion, y de estas opiniones distintas, se forma él una libre, franca, exenta de todo espíritu de sistema ó de pandillaje, y tanto mas imparcial y concienzuda, cuanto que ni conoce la obra ni al autor, como acontece á muchos.

Como su saber y buena manera de hablar les son provechosos, la necesidad de instruirse se ha hecho tan general entre sus cofrades, que durante el tiempo en



que están parados, se los ve con un libro en la mano leyendo, mientras que los de simon duermen tendidos en los pescantes.

Acabo de poner en evidencia todas estas razones que me hacen preferir el cochero de cabriolé al de simon; muchas mas podría enumerar, pero la mejor de todas, la que no os he dicho aún y que no podreis comprender hasta despues, es que Leonardo, mi amigo Leonardo el cochero, pertenece á la primera de estas dos categorías.

Antes de empezar la narracion de esta historia, creo deber declarar, en descargo de mi conciencia, que es verdadera y que relato exactamente los hechos de ella como me la han contado Leonardo y su amigo Jolivet.

Pronto hará quince años que conocí á Leonardo que era entónces, como acabo de pintaros, el cochero de cabriolé, de carácter afable, interrogativo, hablador y muy aficionado á la música y al teatro. Casi diariamente me conducía, con lo que nuestro conocimiento no tardó en efectuarse. Leonardo en aquella época tendría sobre veinte y cinco años, era de rostro expresivo y aunque generalmente pacífico y alegre, se entristecía por momentos con expresion de enérgica aspereza.

Ex-militar, habia asistido al desenlace de la última guerra de España. Allí como en Francia, solo habia buscado el placer en la variedad. Con tal de que una mujer fuese jóven y estuviese bien peinada, la encontraba encantadora y le ofrecía su corazon á condicion de volverlo á tomar á favor de otra que le ofreciera las mismas ventajas. No comprendía que pudiera uno enamorarse de otra manera y me citaba como excepcion en su vida, la *gran pasion* que tuvo por cierta Beatriz, de Barcelona.

Aquel amor, caballero, me decía, duró cuatro meses mortales, apenas interrumpidos por pasajeros devaneos. Esté si que era cariño: nos adorábamos. A decir verdad, ya el juego empezaba á parecerme *cansado*, y cuando el tambor anunció nuestra vuelta á Francia, hubiera de mejor gana abrazado al que tocaba la caja que á mi incomparable Beatriz, á pesar de sus grandes y hermosos ojos negros y sus maneras de princesa. Estaba cansado; soy así, y no creo que pueda volver á amar tan afanosamente.

En cuanto á la pobre muchacha, cada vez estaba mas enamorada, lo que no dejaba de disgustarme; pero ¿que habia de hacer? Jamás he visto una mujer tan tenazmente fiel como aquella, tanto, que á pesar de mi prohibicion y de las órdenes del coronel, dejó á Barcelona al mismo tiempo que nosotros y siguió al regimiento aunque de lejos y con precaucion. Yo me desesperaba; pero ¡me amaba tanto! En fin, atravesó con nosotros toda Cataluña, encontrando de vez en cuando medio de verme y hablarme: yo siempre la decía caritativamente: Beatriz, vuélvete á tu casa, lo que haces carece de sentido comun. Adonde quiera que vayas, te seguiré — me contestaba ella.

¿Quién puede tener una idea de una constancia semejante?

En el fondo, me enternecía, y como no la veía de continuo, comenzaba á amarla de nuevo. Además, era tan hermosa! No os he hablado sino de sus ojos; algo es, porque hacían volar una mina, unos ojos de general en jefe, unos ojos que hablaban todos los idiomas.

Pero si además hubierais visto su talle esbelto, aquella frente, aquellas mejillas morenas y rosadas á la vez, en verdad que os hubiera dado en que pensar. Sin embargo, yo me decía á mí mismo: si continuo en relaciones con ella, á mi entrada en Francia ¿que haré? Entónces no podré abandonarla, ya que por mí habrá dejado su país.

Pronto me darán la licencia y volveré al lado de mi madre: la buena mujer no entiende de bromas en el asunto, y Dios sabe lo qué dirá si le llevo una niera semejante.

Desde aquel momento trazé mi plan. Al acercarme á la frontera, di parte de todo á mi sargento primer,

que era mi amigo y camarada porque yo tambien era sargento, y prometió servirme.

Fué á ver á Beatriz y la habló con dulzura; pero nada consiguió. Al día siguiente se presentó en nuestro último descanso gimiendo y dando voces, quería verme, hablarme. El sargento primero fué otra vez á verla, y cuando volvió: — Creo que la he hecho entender la razon y que te he desembarazado de ella, me dijo al oído; por lo que dile las gracias.

En efecto, Beatriz cesó de importunarme y no la volví á ver hasta cuatro días despues en Perpignan, donde la encontré asida del brazo del sargento primero. He aquí, caballero, continuó Leonardo riendo, la mujer mas fiel que he conocido!

El sargento primero al darle su licencia de mi parte, la habia alistado por su cuenta.

En cualquiera otra ocasion no hubiera guardado rencor al sargento por habérmela quitado. Si me hubiese dicho buenamente: — ¡Guapo mozo! (así me llamaban en el regimiento) la catalana no te conviene ¿puedo hacer algo por mí? Yo le hubiera contestado como buen amigo: — A tu gusto, camarada, si ella no tiene inconveniente; pero me habia engañado con decirme: "te he desembarazado de ella." Además, supe despues que no la habia reclutado lealmente, sino á traicion, diciéndola que yo estaba enamorado de otra á quien la sacrificaba. La pobre muchacha le habia creído, y ya sabeis que los catalanes son amigos de vengarse... sobre todo en esta especie de negocios. Yo no podía sufrir esto en silencio. Yo tambien era sargento, y al anocheecer, ámbos nos dirigimos con nuestros testigos detrás de los fosos de la ciudadela.

— ¡Qué! Leonardo, le dije, un desafío por una mujer á quien no amábais ya?

— No se trataba de la mujer, sino de la mala partida que me habia jugado.

— Y....

— Le maté.

Miré á Leonardo. Sus facciones poco ántes alegres, se habian contraído súbitamente; tenía una mirada de tigre y un aspecto duro y feroz, que jamás habia notado en él.

## SEGUNDO VIAJE.

*Cartera encontrada.—Continuacion de la historia de Beatriz la Catalana.*

Oriundo del Mediodia, descendiente de esas familias de Provenza, á quienes el viento abrasador allende del mar parece haber hecho africanas, Leonardo llevaba en sí el germen de las pasiones mas violentas y hasta de los instintos sanguinarios. Bien lo habia probado con desafíos, tan numerosos y frecuentes, que su coronel, antiguo militar y que generalmente no fijaba mucho la atencion en esta clase de delitos, se habia apresurado con una benevolencia particular, á concederle el favor de una licencia excepcional, en consideracion á este mal lado de su carácter.

Sin embargo, lo que tenía de feroz y sanguinario no se mostraba en él sino á largos intervalos, especialmente desde que, libre del servicio militar habia vuelto á ponerse bajo la influencia moderadora de su madre, mujer excelente á quien debía todo lo que su corazon tenía de bueno y generoso. Ahora bien, en la balanza de sus virtudes y sus vicios aquellas debian pesar mucho mas.

Hé aquí cómo conocí la bondad de corazon de Leonardo; y cómo desde aquel día empecé á tomarle cariño.

Un cochero de cabriolé que tomé una vez por casualidad, y que formaba parte del mismo establecimiento que Leonardo, sabiendo que éste era de quien me servía generalmente, me citó varios hechos honrosos, que pronto me hicieron olvidar la expresion momentánea de ferocidad que tomaron sus facciones. Voy á contar dos de ellos que son necesarios para la inteligencia de esta historia.

Una mañana, al limpiar el interior de su carruaje, Leonardo encontró una cartera arrugada, rota, llena

de lodo, oculta entre la paja. Un nombre brillaba en letras doradas sobre la cubierta. Duri-Delporte; pero á este nombre no seguía la dirección, y el cocheró se admiró de su hallazgo sin conocer aún su importancia.

Abrióla al fin para obtener informaciones mas circunstanciadas, y la sola cosa que encontró, fué 35,000 francos en billetes de banco. Para él no era suficiente; necesitaba una tarjeta que le diera luz acerca del legítimo dueño de esta suma.

Estupefacto á la vista de tal tesoro, en su primera emoción, indeciso acerca de los medios que podía emplear para restituirlo, Leonardo preguntó á un camarada, al primero que se presentó.

— Dame cinco billetes de á 1,000 francos, guarda los otros treinta, y te prometo no decir una palabra, le contestó. Leonardo lo miró con la expresión de ferocidad que ya le conocemos, y el consejero turbado se retiró encogéndose de hombros.

Otro amigo suyo fué de opinión que era menester dejar pasar algún tiempo y esperar á que un cartel fijado en las esquinas de París prometiese mil, dos mil, tres mil francos tal vez de recompensa al que entregase intacta la cartera perdida; en cuyo caso habría medio de hacerla llegar á manos de su dueño por una persona de confianza que no tuviese relaciones con el establecimiento de carruajes, la cual daría de antemano á Leonardo la recompensa ofrecida, contentándose sin duda por su parte con un corto premio.

Este era un tunante menos endurecido que el otro; y sin dignarse contestarle, el cocheró lo dejó bruscamente, y fué á dar parte de la ocurrencia á un íntimo amigo que estaba ocupado en limpiar su caballo en la cuadra.

Este tercer consejero era el mismo individuo por quien he sabido tantas particularidades acerca de Leonardo; le recordó que existía en la prefectura de policía una oficina especial, una especie de depósito donde los objetos hallados se custodiaban clasificados y numerados, con el mismo cuidado que las producciones de los tres reinos en el museo de historia natural.—Véte allá al instante, amigo mío, le dijo; esto te valdrá la estimación de tus jefes, y mañana saldrá en un periódico. ¿Quien sabe si conseguirás con esto el premio de la Academia Real, llamado Monthyon? ¡Vaya, que no será una mala propina!

Leonardo sube en su cabriolé para dirigirse á la prefectura de policía; pero en el camino recuerda que á tal hora los empleados de aquella oficina especial no podían haber llegado todavía, y que los momentos que perdería en aguardarlos podía emplearlos mejor para conseguir su objeto, la restitución de la cartera.

La estimación de sus jefes, el elogio del periódico y hasta la propina del premio de Monthyon todo lo había olvidado, escitado por la esperanza de hacer cesar algunos momentos antes las angustias de un desgraciado.

Aquella cartera solo podía pertenecer á alguna de las personas á quienes había conducido en su cabriolé la tarde anterior. Acordóse de un joven cabizbajo, pensativo, inquieto, al que había dejado á la puerta de la casa de juego de Frascati. En todo caso si los billetes eran de éste le había salvado su fortuna quizás, tal vez su honor si la suma no le pertenecía.

Presentóse á la puerta donde se había apeado y preguntó en el cuarto del portero por Mr. Duri-Delporte.

— ¡No le conozco! contestó este.

En otras muchas casas hizo la misma pregunta y recibió la misma respuesta. Leonardo pierde la esperanza y se cansa de perder gratuitamente su tiempo, su única fortuna, fatigando en balde al mismo tiempo á su caballo, su mejor amigo. Visitó pues las casas donde había dejado á todos los que condujera la noche ántes, á excepcion de un hombre anciano, de humilde aspecto, que bajó del coche en la esquina de la calle, como frecuentemente sucede, por que esos honrados comerciantes de París temen que si sus mujeres los ven venir en cabriolé les riñan.

Pero ¿cómo había de figurarse que un hombre semejante tuviese 35,000 francos en el bolsillo!

Leonardo, sin embargo, tomó su partido; porque, tanto él como su caballo, necesitaban descansar y tomar aliento; y determinó dirigirse á la cuadra mas

inmediata y fortalecer su estómago en la taberna de la esquina; esperando luego que algun parroquiano lo hiciese ir hasta la prefectura de policía donde entregaría su precioso hallazgo.

¡Ah! aquel buen viejo regordete que había bajado del cabriolé en la esquina de la calle, era en efecto el que, á lo menos la víspera, podía creerse solo dueño de la cartera.

Mr. Duri-Delporte, era fabricante de *necessaires*, una de las industrias mas importantes de París; su establecimiento prosperaba, pero sus negocios, sin embargo, se encontraban momentáneamente en mal estado, porque las entradas de fondos eran muy lentas, y tenía que pagar varias obligaciones que iban cumpliendo sucesivamente, y satisfacer al mismo tiempo á numerosos trabajadores empleados por él.

El día anterior se había puesto en camino para encontrar por vía de préstamo ó de otra manera la cantidad que necesitaba para sus pagos de fin de mes. Al volver á su casa contento, triunfante, quiso manifestar á su mujer los billetes de banco que había puesto en su cartera, pero una palidez súbita cubrió sus facciones y sus manos quedaron paralizadas en sus bolsillos vacíos. La idea de que algun diestro ratero le había sustraído sus treinta y cinco mil francos se presentó en un principio á su imaginación; en seguida pensó en el cabriolé que había tomado para volver; pero en su primer movimiento de turbación y de estupor solo se atrevió á pensar en él.

Como Leonardo había imaginado, el pobre hombre vivía bajo la dependencia de su mujer y no tomaba carruaje sino á hurtadillas de su cara mitad. Mme. Duri-Delporte era laboriosa, activa y amaba á su marido; pero económica en extremo, le prohibía la satisfacción de los gustos mas simples y creía haber llegado á hacer de él un ente completamente frugal, arreglado, perfecto.

El hombre perfecto á los ojos de una mujer avara, es el que no toma café ni tabaco, que odia toda especie de juego, que no entra en los teatros y que con buenas piernas corre todo París, si es menester, sin recurrir á los omnibus y evitando atravesar los puentes en que hay que pagar.

El buen Mr. Duri-Delporte solo era perfecto en apariencia; le agradaban el café, el dominó y los dulces; pero jamás se entregaba á estos placeres, sino reservadamente, porque temia á su mujer.

En los pequeños dramas de la vida doméstica, así como en las grandes piezas dramáticas, el terror representa su papel; siempre hay un opresor y un oprimido. En los malos matrimonios, el tirano es el hombre. Ahí se encuentra por un lado el abuso de la fuerza, por el otro las astucias, la resistencia, la rebelión de la debilidad; por consiguiente hay una lucha prolongada, incesante entre el amo y el esclavo, entre el verdugo y la víctima. En los buenos matrimonios al contrario, el déspota es la mujer. En ellos reina la paz y la armonía, al menos en apariencia, porque el hombre solo tiene la costumbre de la sumisión. Como estudiante, como dependiente de una casa de comercio, como soldado ¿no ha hecho acaso el aprendizaje de la obediencia? ¿Y dónde quereis que la mujer haya aprendido á obedecer? ¿No nos han demostrado últimamente, y por cierto con suma razón y talento, que si la soberanía del bello sexo no estaba consignada en las leyes lo estaba en las costumbres?

Resulta, sin embargo, de este orden natural, que donde la mano que debia ser mas débil empuña el cetro, donde la voz de la mujer manda, el hombre adquiere los vicios de la debilidad y se hace astuto á su vez. Despojado de la piel de león, se reviste con la de zorra y desgraciado de él si este disfraz lo descubre.

Tal era la situación en que iba á encontrarse forzosamente el honrado Mr. Duri-Delporte.

Hablar del cabriolé era correr el riesgo de una acusación terrible de falsedad, de prodigalidad, de desorden; así, no se atrevió desde luego; pero al fin, y no sin penosas angustias, que manifestaban la urgente necesidad de hacer penetrar un rayo de esperanza en medio de la aflicción que le rodeaba, hizo la fatal confesion.

(Continuad.)

*Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.*